

EL CRISTIANO Y LAS TAREAS TEMPORALES

Por J. M. CASABO, S. J. (Buenos Aires)

La Constitución de la Iglesia en el mundo de nuestro tiempo es un documento de considerable importancia para la vida de los innumerables cristianos que con su adhesión de fe a Cristo, viven en medio del mundo, ocupados con quehaceres profanos. Es la primera vez que un Concilio trata de la construcción de la ciudad terrena, del sentido de la historia humana y de la relación de la Iglesia con el mundo, y se ocupa de problemas y cuestiones no directamente religiosas que absorben o agobian al hombre contemporáneo. Exhorta a los cristianos a tomar una parte activa y positiva en el quehacer de la humanidad de nuestro tiempo, y constituye una verdadera carta magna de la acción del cristiano en el mundo.

Esto no deja de contrastar con ciertos tipos de espiritualidad, todavía influyentes, que hablan mucho de la "fuga del mundo", de "conculcar el mundo bajo los pies", que enumeran al mundo como uno de los tres enemigos del alma. Y que sin embargo parecen representar un aspecto auténtico del cristianismo. Procuraremos dilucidar esta antinomia y esclarecer en algunos aspectos la relación del cristiano con el mundo.

LA POSICION ESCAPISTA

Según esta espiritualidad escapista el "mundo" es considerado como un ámbito puramente negativo, un lugar condenado, el de una humanidad en pecado, pecado que invade toda la vida. El cristiano debe huir de él e integrarse en el ambiente religioso que se contrapone al mundo como un islote en medio de un mar turbulento, en tajante diferencia con él. En tal mundo imperan las concupiscencias y el pecado, y en él solo puede buscarse afanosamente las riquezas, que aseguran los placeres, los honores que satisfacen la vanidad, las preeminencias que reclama la ambición y el ansia de dominio. En él no acaece nada de verdadera significación sino una repetición de los mismos temas, un sucederse que no forma historia. Se lo considera como algo estático, sin ninguna significación para el reino de Cristo, sino el de ser el lugar del que es preciso salir.

Esta posición así esquematizada es falsa; y sin embargo hay que reconocer que ciertos aspectos del cristianismo dan algún fundamento a una tal concepción.

Dios viene a un mundo que está manchado por el pecado y en vía de perdición, bajo el poder de Satanás, y necesitado de redención. Por la muerte y resurrección de Jesús, comienza una nueva humanidad que habrá de ser la definitiva. Para salvarse el hombre debe negar el mundo condenado y adherirse por la fe a Cristo, pasando en el bautismo por el misterio de su muerte y resurrección, naciendo a una nueva vida. En adelante no debe amar al mundo "que está todo puesto bajo el maligno" (1 Jn., 5, 19), debe estar "crucificado al mundo y el mundo crucificado a él" (Gal., 6, 14), pues el mundo y sus concupiscencias pasan pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Jn., 2, 17). El cristiano debe usar del mundo como no usando de él, porque su figura pasa (1 Cor., 7, 31). Debe esperar la nueva venida de Cristo que juzgará a todo hombre e inaugurará la nueva tierra y el nuevo cielo (Apoc., 21, 1). El destino de los fieles es pasar a las moradas celestiales, donde vivirán para siempre con el Padre.

Hay pues indudablemente un aspecto de trascendencia del cristianismo que obliga a superar algo llamado "mundo" que es un ámbito de pecado. Este aspecto trascendente es lo que permite también la existencia de vocaciones específicas en la Iglesia, llamadas a atestiguar de él. Así la vocación anacorética y monástica implican una gran medida de desinterés por la ciudad terrena y una concentración sobre la misteriosa presencia de la ciudad celestial. Hacen función de testigos, de recordatorios, de signos, manteniendo viva la conciencia de la vocación ultraterrena de los hombres. Y sin embargo su actitud ante el mundo no puede ser sin matices la del conjunto de los cristianos, que deben ocuparse de la ciudad temporal. Las exhortaciones de los últimos Papas han insistido repetidamente en la necesidad de que los cristianos intervengan activamente en los asuntos terrenos, ocupen sus lugares en el mundo, trabajen para construir la ciudad terrenal. Y particularmente la Constitución de la Iglesia en el mundo contemporáneo no deja lugar a dudas al respecto,

"El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de ambas ciudades, a que cumplan fielmente sus deberes terrestres guiados por el espíritu del Evangelio. Yerran los que conscientes de que no tenemos aquí una ciudad estable sino que buscamos la futura, creen por eso poder descuidar sus deberes temporales, sin considerar que la misma fe los obliga más a cumplirlos, conforme a la propia vocación de cada uno" (1ª parte, cap. IV, nº 43). "El mensaje cristiano, no sólo no aparta los hombres de la construcción del mundo, o los mueve a des-

cuidar el bien de sus semejantes, sino que al contrario los obliga más rigurosamente a procurarlo" (cap. III, nº 34).

Afirma además que la Iglesia tiene mucho que aprender del mundo:

"La Iglesia no ignora cuánto ha recibido de la historia y evolución del género humano" (cap. IV, nº 44). (Todo el número lo desarrolla.)

¿Qué se entiende exactamente por mundo? ¿Se está hablando del mismo mundo? ¿Cómo se concilian estos diversos aspectos? ¿Y qué significación puede tener para el mundo definitivo el que los cristianos trabajen o no en la tierra?

UN MUNDO DINAMICO

El cristianismo es mucho más rico y complejo de lo que puede parecer una presentación unilateral de algunas de sus verdades. Es evidente que trae una solución definitiva al ansia de ser del hombre, le hace superar la angustiada aniquilación de la muerte, y asegura dar un término pleno y radiante a toda la epopeya humana, en la medida en que el hombre no lo rechace. Pero esta culminación es el fruto de una despegante acción de Dios en que significa al hombre una colaboración, rica y múltiple, una colaboración que se sitúa a diversos planos, unificados en el cristiano, y que corresponden a la multiplicidad de la obra misma de Dios.

Dios quiere un ser capaz de unirse a El y participar de su vida. Pero para ello tiene que crearlo, y esto constituye ya una diversidad de planos, puesto que ninguna creatura es de por sí digna o apta de vivir unida a Dios. Dios tiene que sobreelevarla para ello; y esto nos da ya este doble plano de la naturaleza y de la sobrenaturaleza que resulta de la acción con que Dios actúa sobre él para llevarlo a la unión con sí. Con una añadidura de incalculables repercusiones, y es que esa naturaleza del hombre en un momento de su historia se corrompe y es asida por un mal, que Dios tiene que reparar; de modo que la sobreelevación es también una redención que purifica a la creatura del pecado.

Además Dios no crea una realidad estática, sino un universo, una naturaleza, una humanidad desevolventes, en que se operan sucesivas transformaciones y una progresión. La Constitución de la Iglesia en el mundo contemporáneo reconoce este carácter dinámico del mundo, en contraposición a la concepción estática antes descrita:

"El género humano pasa de una concepción más estática del orden de las cosas a una concepción más dinámica, de donde nace una complejidad nueva y mayor de los problemas, que invita a hacer nuevos análisis y síntesis". (Exposición introductoria, nº 5.)

Ahora bien, la acción redentiva y sobreelevante de Dios, se inserta en esta humanidad desenvolviente, que no cesa por ello su desarrollo, pero lleva en sí un nuevo y fundamental dinamismo que la hace trascender su propia realidad y le asigna un nuevo destino (siempre el único en la intencionalidad creadora y redentora de Dios) sin que por ello deje de ser ella misma.

El desarrollo de la humanidad, en continuidad con una evolución de especies que le dieron su substratum biológico, se realiza por el progreso de la civilización, el gradual dominio sobre la naturaleza y la creación de una sociedad más humana, más perfeccionada, lo cual es realizado por la acción operante del hombre, respondiendo al encargo que le hizo desde el origen de su creación, de que dominara y cultivara el universo en que lo había situado (Gen., 2, 15-19). La humanidad que es redimida y sobreelevada es ésta que se desarrolla, y no puede dejar de desarrollarse sin dejar de ser ella misma. La redención no es pues un arresto de este desarrollo, veremos que, al contrario, lo purifica y asecura.

Dios en su revelación anuncia el término, en un futuro no determinado, de este desarrollo de la humanidad, por una vuelta del Redentor que pone fin a la historia e inaugua el reino definitivo. Dios no necesita de un ulterior progreso de la humanidad para instaurar definitivamente su reino, pero el hecho de que deje que se siga desenvolviendo obedece evidentemente a una intención, que quizás sea la de dejar que la humanidad adquiera la maduración que él ha prefijado para asumirla de modo irreversible en su reino final.

Mientras dure este desarrollo, el cristiano, el que conscientemente ha aceptado la redención, tiene que seguir participando de él, y no puede sostener que no tiene ninguna significación en el plan de Dios. Cuál es exactamente la relación entre el crecimiento civilizante de los hombres y el reino final definitivo, queda envuelto en el misterio de un fin anunciado pero no explicitado en sus formas todas. El cristiano es solidario de la historia humana, que es la suya y no puede desentenderse de ella sin salirse del plan de Dios. Cuál es su responsabilidad y cómo su acción personal y colectiva debe figurar en este conjunto, es lo que procuramos esclarecer a continuación.

LA MUERTE Y RESURRECCION OPERANTE

El misterio de la redención, que constituye al cristiano, es inseparable de la gradual transformación de la humanidad en su desenvolvimiento y camino hacia su meta final. Lo notable de la acción de Cristo, es que el acto central porque redime a la humanidad, la reconcilia con Dios y le da su nueva vida, es también la inauguración del reino definitivo de Dios en el seno de la humanidad desenvolviente,

que deja en ella siempre presente el elemento que inicia a la nueva humanidad. Cristo salva a la humanidad con toda la acción de su vida, pero principalmente con su muerte y resurrección. Cristo resucitado es el principio de la nueva humanidad, enteramente liberada del pecado, del sufrimiento y de la muerte; y la vida nueva que comunica a los creyentes, es su vida de resucitado. De modo que el estado final de los hombres está ya operante en medio de la humanidad desenvolviente. Esto tiene una importancia capital para la actitud y la acción del cristiano.

La característica de la humanidad pecadora, es que una actitud espiritual, el rompimiento con Dios, la desobediencia hacia él, corrompe el orden de la creación y el hombre mismo, de modo que lo que fue creado bueno por Dios, es tergiversado y utilizado perversamente por el hombre, que en lugar de utilizar las cosas rectamente según su naturaleza y su función en la creación, las hace el campo de expansión de las torcidas inclinaciones de su corazón, de su egoísmo, de su ansia de poder, de sus instintos desenfrenados, de su agresividad, de su avaricia. Esta es la humanidad necesitada de redención, el ámbito de lo que el Nuevo Testamento llama el "mundo", en sentido peyorativo. Es muy de notar en efecto, que la palabra "mundo" tiene diversas significaciones en el Nuevo Testamento. Puede designar la totalidad de lo creado, el cosmos (p. ej. Jn., 1, 3; 31, 25), o el conjunto de la humanidad (Jn., 6, 14; 11, 27; 12, 46; 16, 28; 18, 37), y en estos casos no tiene color moral, y al contrario designa a algo creado bueno por Dios, aunque de hecho se halle bajo la gravitación del pecado; pero puede designar también el ambiente que se crea cuando los hombres se encierran en sus egoísmos y concupiscencias (Jn., 16, 8; 17, 9; 1 Ju., 2, 15-17) sobre todo cuando es el mundo que rechaza a Cristo y se vuelve agresivo contra él (Jn., 8, 23; 12, 31; 16, 11; 18, 36). Tiene entonces sentido peyorativo.

Lo importante a tener en cuenta es que este mundo en el último sentido no es ni el cosmos, ni primordialmente un ambiente sociológico; no se identifica con la humanidad como tal, sino que es primordialmente un "lugar espiritual", una actitud en el corazón del hombre, que subsidiariamente crea un ámbito sociológico, el de los grupos que de hecho se dejan dominar por esa actitud espiritual. Se comprende que de hecho grandes sectores de la humanidad pueden estar bajo tal influjo y formar un ambiente social con todas las características que le asigna la concepción escapista: concupiscencias, injusticias, ambiciones, despotismos, ostentación vana... etc... No es de extrañar que el cristiano deba guardarse de tal ambiente y para mantener su cohesión social, pueda encastillarse en comunidades propias. Pero sin jamás olvidar que no es la sociedad como tal que está irremediablemente corrompida, sino que es una actitud espiritual que de hecho do-

mina en ese sector social. Y que además también una tal sociedad está bajo la gravitación de la gracia y trabajada por la Redención. La actitud fundamental cristiana no debe ser la huida ante el conjunto del mundo, sino la asunción, la recuperación, la voluntad de salvar esa porción de creación esclavizada, de restaurar sus instituciones y formas de vida, según una concepción más humana, porque cristiana.

Sin embargo el cristiano tiene que romper con el mundo del pecado. Es de ese "mundo" en sentido peyorativo que le es indispensable salir si quiere salvarse y ejercer una acción benéfica sobre la humanidad. Debe morir a lo que San Pablo llama el hombre viejo, el adamita. Es justamente San Pablo quien describe el bautismo, el acto de inauguración del cristiano, como una muerte al adamita, para empezar a vivir de la vida de Cristo, el nuevo Adán.

En el capítulo 6º de su Epístola a los Romanos dice: "¿O ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte? Con él hemos sido sepultados por el bautismo, para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos en una vida nueva... Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado, para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado... Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él... Así pues haced cuenta de que estáis muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús".

Así pues el bautismo no es sólo la muerte al mundo del pecado, sino el comienzo de una nueva vida, la de Cristo resucitado viviente en el bautizado. El principio fundamental del nuevo mundo que Dios crea, está ya operante en el cristiano. Y a través de él, la creación, tergiversada por el pecado, es restablecida en la intencionalidad primigenia de Dios. En efecto, Pablo dice expresamente que el cuerpo del creyente, que antes de su conversión había sido el instrumento del pecado, debe ser ahora puesto al servicio de la justicia. Los miembros que antes fueron los medios del pecado, deben ahora ser puestos a disposición de la nueva vida, y son así santificados:

"Que no reine pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias; ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos más bien a Dios como quienes muertos han vuelto a la vida, y *dad vuestros miembros a Dios, como instrumentos de justicia*" (6, 12-13). "Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia, que es una especie de idolatría... y en las que también vosotros anduvisteis un tiempo cuando vivías en ellas. Pero ahora deponed también todas estas cosas: ira, indignación, maldad, maledicencia y torpe lenguaje. No os engañéis unos a otros; despojos del hombre viejo con todas sus obras y vestíos del nuevo". (Col., 5, 5-10.)

Así pues los miembros del cristiano, que antes fueron instrumentos del pecado, deben ser puestos al servicio de la justicia, de la nueva vida comunicada por Cristo. El cuerpo es así santificado.

Pero el cuerpo del cristiano no es una entidad aislada del resto del mundo. Es parte integrante de él, está imbricado con él por la respiración, por la alimentación, por la gravedad, por el movimiento, y quizás más especialmente por la ineludible necesidad del contacto social. El hombre está conectado con el mundo, sufre sus efectos y a su vez lo influencia y transforma con su acción. Entonces el proceso por el cual el cristiano pone su cuerpo al servicio de la justicia, debe extenderse a su acción, a todo lo que puede influenciar o afectar. Todas las realidades terrestres deben ser restablecidas según el orden del nuevo hombre en Cristo, purificadas del pecado y del desorden, restablecidas en la medida de lo posible en la figura de su primigenia creación. Esto vale del dominio del mundo por la ciencia y la técnica, de la explotación de sus recursos, de la distribución de sus riquezas, de la justicia a instaurar en la comunidad humana, del orden de la familia y de la sociedad política, del orden internacional. Pero en este proceso, hay dos factores a tener en cuenta.

LA RESISTENCIA DEL MAL Y LA JUSTA AUTONOMIA DE LAS REALIDADES TERRESTRES

En primer lugar, el mal, que en su núcleo capital ha sido vencido por Cristo, sigue todavía gravitando sobre la humanidad, mientras no se extienda totalmente en ella el efecto de la redención. Y sabemos que el mal seguirá activo y pugnaz hasta el último día, en que será definitivamente expulsado de la humanidad completamente redimida. La vida del cristiano es pues una lucha contra el mal, contra el mal moral, el egoísmo, la injusticia, la explotación del hombre por el hombre, la anegación en los instintos, la agresividad, el odio, el orgullo, los prejuicios, etc... Y también contra el mal físico, la enfermedad, el hambre, los cataclismos. La acción del cristiano aparece así como un esfuerzo por disminuir y eliminar en lo posible las gravitaciones negativas que pesan sobre la humanidad. Se entiende que una tal acción es más eficaz —y a veces únicamente— si es organizada, y el cristiano puede y debe colaborar con todos los que luchan en el mismo sentido, creyentes o no. Son así infinitos los campos de su acción en la investigación científica, la medicina, las ciencias y actividades sociales, la política, la economía, el trabajo etc...

El segundo aspecto que hay que tener en cuenta es que la reinstauración de todas las cosas en Cristo, no se hace por una falsa "divinización" de la actividad terrestre, sino por un respeto que hace que las cosas sean ellas mismas, en su legítima autonomía. En efecto,

Dios desciende al mundo en la Encarnación de Cristo, y asume al mundo todo, en forma irreversible. Lo hace con definitividad escatológica, es decir que en la segunda venida de Cristo se manifiesta con plenitud y totalidad lo que ya se ha realizado en las profundidades del ser y está actuando como un fermento a través de la historia. La intervención de Dios en la humanidad se realiza en efecto dentro de la historia, y no le quita este carácter histórico sino que sigue desarrollándose con la nueva realidad en su seno y por la que un día quedará totalmente transformada. Está pues ya operante en el mundo, y la acción del cristiano que quiere reinstaurar todo en Cristo es una eflorescencia de la ascensión que Cristo ha hecho. Pero lo que el Verbo asume, lo asume respetando su ser. Al unirlo a sí no lo cambia en otra cosa, sino que lo hace ser exactamente lo que Dios quería cuando lo creó. Dios crea una realidad para que sea asumida en Cristo, y es exactamente sí misma cuando es asumida. Como el Verbo cuando une a sí hipostáticamente a la humanidad de Cristo, no la hace otra cosa que no sea un hombre, sino que lo que hace el hombre perfecto, pero totalmente hombre, en todo igual a nosotros salvo el pecado. Así el cristiano cuando instaure las realidades terrestres en Cristo, debe hacerlo respetando la idiosincrasia y la propiedad de esas realidades. Las ciencias, las artes, la economía, la sociología, tienen una legítima autonomía, y deben desenvolverse no según las leyes de una "divinización" de sabor helénico, sino según sus propios métodos y según los principios que les son propios.

Esto es lo que recuerda la Constitución de la Iglesia en el mundo contemporáneo:

"Si por autonomía de las cosas terrenas se entiende el que las realidades creadas y las sociedades tienen sus propias leyes y valores, que el hombre debe descubrir gradualmente, utilizar y ordenar, es absolutamente lícito exigirla; y esto no sólo es una exigencia de los hombres de nuestro tiempo, sino que también responde a la voluntad del Creador. Pues, en virtud de la creación misma, todas las cosas están dotadas de una consistencia, verdad y bondad propia, tienen sus leyes y su orden, que deben ser respetados por el hombre, reconociendo los propios métodos de cada una de las ciencias y de las artes". (1ª parte, Cap. III, Nº 36.)

Advierte sin embargo que esta legítima autonomía no es una falsa independencia, como si ningún ligamen o referencia lo uniera a Dios.

"Si en cambio, por la expresión «autonomía de las cosas temporales» se entiende que las cosas creadas no dependen de Dios, y que el hombre puede usar de ellas sin referirlas al Creador, nadie que reconozca a Dios dejará de sentir la falsedad de tal aserto. La creatura sin el Creador desaparece" (ibid).

La acción positiva del cristiano con que hace que el mundo sea lo que debe ser, lo lleva a su perfección, lo hace ser más humano, más conforme al proyecto inicial según el cual Dios lo creó. Hay pues un campo inmenso de acción para el cristiano, que libera a las realidades terrestres de la servidumbre del pecado y del mal, y las hace avanzar hacia su perfección.

Así pues siendo consecuente con su bautismo y tendiendo a la final y total reinstauración de todo en Dios en su reino definitivo, va desarrollando al mundo, simultáneamente según las leyes que le son propias, y según el dinamismo insito en ellas por Cristo, por el que son dirigidas a esa consumación final.

LAS TAREAS TERRESTRES Y EL SENTIDO POSITIVO DEL MUNDO

No es pues de extrañar que la Constitución de la Iglesia en el mundo contemporáneo, afirme repetidamente que la convicción del cristiano de pertenecer a una ciudad ultra terrena y de aspirar a ella no ha de retirarlo de las tareas terrestres, antes al contrario le hace darse a ellas con más ahínco y con motivos superiores.

"La Iglesia enseña además que la esperanza escatológica no aminora la importancia de las tareas terrestres, sino más bien apoya con nuevos motivos su realización". (1ª parte, I, Nº 21.)

"Aunque se nos advierte que nada aprovecha al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo, la esperanza de una nueva tierra no debe anular sino animar la preocupación por la transformación de esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva humanidad, que se nos presenta como en sombras un bosquejo remoto del mundo futuro". (Cap. III, Nº 39.)

Se entiende así, también, que la Constitución use el término "mundo" con el sentido predominantemente positivo, como el conjunto de la humanidad con su escenario cosmológico, sin desconocer el mal del pecado que la roe, pero recordando que la Redención ha tenido lugar y toda la creación está ya siendo trabajada por ella y destinada a una profunda transformación.

"...el mundo de los hombres, o sea, la universal familia humana con la totalidad de las cosas entre las cuales vive; al mundo escenario de la historia del género humano, por obra suya marcado por derrotas y triunfos; al mundo, que los cristianos creen ser creado y conservado por el amor del Creador, caído bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, quebrado el poder del Maligno, a fin de que sea transformado conforme al designio de Dios y llegue a su consumación". (Proemio, Nº 2.)

Pablo habla de este proceso de transformación al que está some-

tido el mundo pero que se manifestará en su esplendoroso resultado en el último día:

“El continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón del que las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto, y no sólo ella, sino también nosotros que tenemos las primicias del Espíritu gemimos dentro de nosotros mismos suspirando por la redención de nuestro cuerpo”. (Rom., 8, 19-23.)

La creación entera está pues como en gestación. Ya se está operando en su seno el misterio de su transformación. En ella los cristianos, instrumentos de la gracia, tienen un papel capital.

¿Pero no parece que de todos modos, sea cuál sea la actitud de los cristianos, y la del todo el resto de los hombres, la transformación se operará por la acción de Dios, y que por consiguiente es indiferente lo que llegue o no a realizarse en la tierra, puesto que el resultado final será el mismo? ¿Qué importa que se haya alcanzado una civilización mediocre o una altísima, o ninguna?

Es indudable que Dios llevará adelante su plan. La Redención ya se ha realizado en sus acontecimientos decisivos, y el mundo avanza inevitablemente hacia el desenlace previsto por Dios. Y sin embargo, la configuración final está en relación con la correspondencia del hombre. Pero no como una añadidura externa, porque Dios opera a través del hombre, e incluye el desarrollo de la humanidad en su plan.

INTEGRACION EN LA AGAPE

Sabemos que la participación de cada individuo en el reino final depende de su aceptación de la gracia (consciente o implícitamente) y del modo en que de hecho vive la caridad. Justamente la caridad, la ágape, nos muestra un aspecto de la interrelación que existe entre el mundo trascendente y definitivo y la acción intraterrena del cristiano.

La agape viene de arriba, es el amor mismo de Dios comunicado a los hombres por la acción de Cristo y el derramamiento del Espíritu. Es la actitud fundamental del cristiano, que expresa en sus actos la agape divina. Jesús hace de la caridad el mandamiento por excelencia, el que encierra en sí a toda la Ley, el distintivo propio de sus discípulos. La caridad del cristiano no se reduce a algunos de lo que se llama “actos de caridad”, como dar limosna o ser compasivo con el que sufre, sino que se extiende a toda la actividad del cristiano en cuanto sale de su egoísmo, del hombre del pecado y se pone al servicio

de sus hermanos. Entonces toda su actividad, y primordialmente su acción profesional, es expresión de caridad, con tal, naturalmente, que no la realice con fines puramente egoístas, sino como un servicio. El servicio es, en el Nuevo Testamento, una de las expresiones privilegiadas de la caridad. Esto no excluye el que perciba por su servicio una legítima y necesaria remuneración, porque tiene el deber de mantenerse a él mismo y a su familia. Pero la actitud es otra que la simple búsqueda egoísta de hacer dinero. Véase lo que dice el Concilio al respecto:

“Por su trabajo el hombre normalmente sustenta su vida y la de los suyos, se une a sus hermanos y les sirve, puede ejercer una auténtica caridad y cooperar en el perfeccionamiento de la creación divina” (Const. de la Iglesia en el mundo contemporáneo, Parte II, Cap. III, Secc. 2ª, Nº 67).

Ahora bien, Cristo anuncia solemnemente que la materia sobre la cual versará el juicio final que sitúa al individuo en forma definitiva, será precisamente la actitud hacia el prójimo: “Me disteis de comer, me disteis de beber, me vestisteis... cada vez que lo hiciste a uno de éstos mis hermanos menores”. (Mt., 25, 31 ss.) La figura del reino definitivo depende de cómo la caridad haya sido vivida en la tierra. La caridad permanece para siempre y configura a la humanidad futura. Y es justamente la caridad que impulsa a la edificación de una ciudad más humana, más fraterna, más justa; a la eliminación del sufrimiento, de la miseria, de la ignorancia; a la puesta en marcha de todos los medios posibles, de todos los recursos de la ciencia y de la técnica para hacer más llevadera la suerte de los hermanos. La caridad exige la máxima utilización posible de todos los recursos humanos para hacer un mundo mejor. Es poca caridad contentarse con dar a un infectado una infusión de yerbas cuando se le puede dar una inyección de penicilina. Es todo el sentido de la civilización que entra en juego. Es insigne caridad y absolutamente indispensable organizar instituciones para la recuperación de los poliomielíticos, y darles, a pesar de su disminución física, una posibilidad de desarrollo en la vida. Pero mejor es todavía inventar una vacuna que impida que centenares de miles contraigan la poliomielitis. Para descubrirla se requiere ya un alto nivel científico y técnico, un desarrollo de civilización. La obligación de caridad mueve a la edificación de la ciudad terrena. Informa toda la acción y promueve el progreso.

Por eso la Constitución de la Iglesia en el mundo de hoy puede afirmar tan repetidamente que los cristianos que buscan la ciudad celestial están más movidos a colaborar a la edificación de la ciudad terrestre:

“Quien, obedeciendo a Cristo, busca primero el Reino de Dios, en-

cuentra un amor más puro y más potente para ayudar a todos sus hermanos y cumplir la obra de la justicia, con la inspiración de la caridad". (2ª parte, Cap. III, N° 72.)

Y de acuerdo a como la caridad haya sido vivida en esta tierra, será la figura de la humanidad definitiva.

Notemos de paso que la gracia y la caridad de Cristo, operan invisiblemente mucho más allá de las fronteras de la Iglesia visible. La Iglesia es la concienciación, por la revelación recibida, de lo que Dios opera, en forma velada, en toda la humanidad. No es posible limitarse a calibrar la acción consciente de los cristianos para ver cómo opera la caridad. Pero es indudable que éstos por la conciencia que tienen están más obligados a ejercerla.

Esto nos demuestra ya una forma de interrelación entre la actividad cristiana y el reino definitivo. Pero podemos todavía plantearnos el problema en otra forma.

¿REPERCUSION DE LA ACCION "PROFANA"?

Hemos hablado de la acción profesional del cristiano como expresión de su caridad. La actitud que él toma es de capital importancia para su suerte definitiva y la configuración final de la humanidad. Pero su actividad profesional como tal, su edificación de casas y de fábricas y de diques, su curación de enfermos, su acumulación cultural, su refinamiento artístico, ¿repercuten también en alguna forma en el mundo escatológico? El desarrollo de la civilización ¿se incorpora en alguna forma en el reino definitivo? Estamos aquí ante el misterio, porque, como dijimos, no sabemos cómo se operará la transformación de la humanidad. El Concilio dice expresamente: "Ignoramos el tiempo y el modo del fin del mundo y la humanidad, ni sabemos cómo se ha de transformar el universo". (Const. de la Iglesia en el mundo contemporáneo, N° 39.) Sin embargo, podemos especular que la ascensión de la civilización puede constituir un condicionamiento para la configuración final de la humanidad, análogamente a como el desarrollo de las especies fue un condicionamiento para la creación del hombre racional. Algo que se presupone necesariamente para que pueda ser asumido a todo otro nivel. Por ejemplo, la tendencia de la humanidad hacia la unificación que reseña la Constitución (a pesar de las tensiones que la dividen [N° 4, 9, 77]), puede ser condicionamiento de base para la vivencia de la caridad al nivel mundial, una posibilidad de ser asumida en un grado insigne de caridad, transposición al nivel todavía histórico de lo que será definitivamente el Cuerpo Místico de Cristo. Pero un condicionamiento no es ya un efecto, ni siquiera una verdadera causa. Siempre queda que debe ser asumido por un elemento de otro orden. La salvación viene

de arriba. Ningún grado de civilización, por alto que sea, puede por sí solo producir un ápice de gracia. El orden sobrenatural es distinto del natural; sin embargo están relacionados, el uno destinado al otro, y la gracia opera en la naturaleza desde el principio de la existencia humana.

El orden sobrenatural está ya operante, y es deber de los hombres suministrar la instrumentación necesaria para que pueda operar más plenamente.

De todos modos cualquiera sea su relación al fin, los valores temporales son una exigencia para los cristianos, no sólo como instrumentación de la caridad, sino también como valores creacionales en sí, dignos por consiguiente de ser cultivados. El Concilio en el decreto sobre el Apostolado de los laicos lo recuerda:

"Todo lo que constituye el orden temporal, a saber, los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y otras cosas semejantes, y su evolución y progreso, no solamente son subsidiarios para el último fin del hombre, sino que tienen un valor propio, que Dios les ha dado, considerados en sí mismos, o como partes del orden temporal". (Cap. II, N° 7.)

Pero el cultivo mismo de estos valores es fomentado por la acción redentora, que como ya dijimos, tiende a restaurar la creación según su proyecto inicial. La restauración de ese orden es un fruto y efecto de la redención. Es lo que dice expresamente el Concilio en el mismo decreto:

"La obra de la redención de Cristo, mientras tiende de por sí a salvar a los hombres, se propone incluso la restauración de todo el orden temporal. Por tanto, la misión de la Iglesia no es sólo anunciar el mensaje de Cristo y su gracia a los hombres, sino también impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico. Por consiguiente los laicos, siguiendo esta misión, ejercitan su apostolado tanto en el mundo como en la Iglesia, Lo mismo en el orden espiritual que en el temporal: órdenes que, por más que sean distintos, se compenetran de tal forma en el único designio de Dios, que el mismo Dios busca reasumir, en Cristo, todo el mundo en la nueva creatura, parcialmente en la tierra, plenamente en el último día". (Cap. II, N° 5.)

Así la Constitución de la Iglesia en el mundo de hoy afirma:

"El incremento del Reino de Cristo es ciertamente distinto del progreso humano, pero en cuanto contribuye a que la sociedad humana le esté mejor ordenada le importa en sumo grado". (N° 39.)

Y sea lo que sea de la suerte final de la ciudad terrena y de la civilización, hay grandes valores humanos que los cristianos crean y exhiben en la construcción de dicha sociedad mejor, que permanecen

inscriptos en la humanidad definitiva. Dice la misma Constitución:

“Los valores... de la dignidad humana, de la comunión fraterna y de la libertad, todos estos frutos buenos de nuestra acción, que hayamos propagado en la tierra conforme al mandato del Señor y en su Espíritu, volveremos a encontrar después, purificados de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo devuelva al Padre «el reino eterno y universal»... “En este mundo el Reino está ya misteriosamente presente: será consumado con la vuelta del Señor”. (Nº 39.)

Esta misteriosa presencia y elaboración del Reino definitivo ya en nuestro mundo nos da la conclusión de nuestra investigación. El cristiano por la exigencia de su fe, de su esperanza y de su caridad, está obligado a una acción que simultáneamente contribuye eficazmente a la construcción de la ciudad terrena y a la edificación del Reino de Cristo, y su acción temporal tiene un precipitado eterno que se incorpora definitivamente en la humanidad final. No puede por consiguiente considerarse obligado a retirarse de las tareas del mundo (sin perjuicio de las vocaciones específicas que tienen una misión especial en la Iglesia) ni tampoco considerar que el tiempo que dedica a su profesión o a su actividad profana es tiempo perdido para su destino último. Es trabajando en la tierra en el verdadero espíritu cristiano que siembra de eternidad el reino de los hombres, y hace madurar el reino de Dios. Este sólo será establecido por una nueva intervención vertical de Dios, pero que asume lo que El mismo ha ido preparando y el hombre edificando con su peregrinación secular sobre la tierra de la Creación.

PERSPECTIVA JUANINA Y JESUS HISTORICO

Comentario a una obra de F. Mussner

Por A. EDWARDS, S. J. (San Miguel)

En la conclusión de su libro *Tradición histórica en el cuarto Evangelio*¹, deja en claro C. H. Dodd que no ha sido su intención llevar el estudio hasta dar un juicio sobre la historicidad objetiva de los diferentes elementos de la tradición que forma la base del cuarto evangelio. Para dar ese juicio —dice— sería necesario hacer intervenir otros elementos no estudiados en su obra, y además, recurrir a otras disciplinas. Con todo, espera Dodd haber proporcionado elementos valiosos para una investigación sobre el Jesús de la historia. No sé si es mera coincidencia el que F. Mussner² emprenda en esta *quaestio disputata*, un ensayo de respuesta a este árduo problema, con el recurso a otras disciplinas (aplicación de un método hermenéutico a la redacción misma del Evangelio); habría así una cierta continuidad en la intención, que relacionaría a ambos libros.

El libro de F. Mussner, que nos ocupará en adelante, está dividido en 9 partes. Las más breves son la primera (pp. 9-11), que plantea el problema y encauza su respuesta, y la última (p. 89), que recapitula en 10 afirmaciones, los resultados obtenidos. Cierran el volumen, un registro de textos juaninos, y otro de autores.

A una breve presentación del *problema*, seguirá en esta nota, la presentación del *método* que Mussner emplea para resolverlo, y por último, veremos cómo lo *aplica*.

a. El problema.

Es un hecho, que el Cristo juanino habla en *estilo juanino*³. Brota de aquí —dice Mussner (p. 9)— con mayor intensidad que en

¹ C. H. Dodd, *Historical tradition in the fourth Gospel*, Cambridge, 1963.

² F. Mussner, *Die Johanneische Sehweise und die Frage nach dem Historischen Jesus*, Quaest. Disp. 28, Herder, Freiburg, 1965.

³ Una comprobación más detallada de este hecho, encontraremos en el excelente comentario de Schnackenburg: *Das Johannesevangelium*, Teil I. Einleitung und Kommentar zu Kap. 1-4, Herders Theologischer Kommentar zum Neuen Testament, Herder, Freiburg, 1965, cf. pp. 32 ss.